

ANALES DEL INSTITUTO
DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XXXIII



C. S. I. C.
1993
MADRID

ANALES DEL INSTITUTO
DE
ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XXXIII



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1993

SUMARIO

Págs.

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS	
Memoria de actividades del Instituto de Estudios Madrileños	13

Arte

Algunas noticias sobre la construcción de la desaparecida iglesia del Hospital de Montserrat en Madrid, por José Luis Barrio Moya	21
Dibujos del siglo XVIII para la Capilla de San Isidro de Madrid, por Virginia Tovar Martín	41
El Puente de Toledo: un hito brillante en la aportación del arqui- tecto Pedro de Ribera, por Matilde Verdú Ruiz	55
Datos para una historia económica de la Real Fábrica de Platería de don Antonio Martínez, por José Manuel Cruz Valdo- vinos	73
Aportación documental al Convento de las Maravillas de Madrid, por Leticia Verdú Berganza	123
Obras de restauración de la parroquia matriz de Santa María la Real de la Almudena de esta Corte y consecuentes traslados procesionales solemnes de su imagen, producidos por esta causa. Años 1777-1780, por M.ª Rosario Bienes Gómez- Aragón	141
Cristos de Madrid, por Teresa Fernández Pereyra	157

Bibliografía

Ediciones, traducciones y un plagio, de las obras del madrileño Gonzalo de Céspedes y Meneses (¿1585?-1638) en biblió- otecas norteamericanas, por Joseph L. Laurenti	191
---	-----

Geografía

Una guía especial de Madrid de comienzos de siglo, por Ramón Ezquerra Abadía	207
Un antiguo profesor, por Ramón Ezquerra Abadía	213
Apunte geográfico-económico de la actual provincia de Madrid en el 1752. X, por Fernando Jiménez de Gregorio	217
Manzanares: un río foso y balcón. Recorrido por su tramo urbano, en un repertorio cartográfico y colofón con meros planos madrileños, por José María Sanz García	239

Historia

Los códices que vio Ambrosio de Morales en el Castillo de Batares en 1572, por Gregorio de Andrés	267
La casa de los Monterrey en el Prado Viejo de San Jerónimo de Madrid, por Concepción Lopezosa Aparicio	277
Una introducción a la obra de Fernando Cardoso, <i>utilidades del agua i de la nieve, del bever frío i caliente</i> (Madrid 1637), por Pilar Corella Suárez	289
La seguridad ciudadana en Madrid durante el siglo XVIII: la superintendencia general de policía y la comisión reservada, por Ana M.ª Fernández Hidalgo	321
Madrileños en América en el s. XVIII, por José Valverde Madrid..	357
Repercusiones de la guerra de Sucesión en los Monasterios de Montserrat y San Martín de Madrid y sus libros de gradas (s. XVII-XIX), por Ernesto Zaragoza y Pascual	395
Introducción a la teoría de la capitalidad de Madrid, por Enrique de Aguinaga	419
Un cementerio decimonónico desaparecido: la Sacramental de San Sebastián, por Carlos Saguar Quer	437
El Teatro "Felipe", pequeña historia de un barracón famoso, por José del Corral	447
Corrida extraordinaria a beneficio de las familias de los naufragos del "Reina Regente" celebrada en Madrid en 1895, por Miguel Ángel López Rinconada	469
Salones y tertulias en el Madrid Isabelino, por José Cepeda Adán.	499

Págs.

La toponimia madrileña. Proceso evolutivo, por Luis Miguel Apa-	
risi Laporta	515
Noticias que ahora cumplen centenarios, por J. del C.	543

Literatura

Documentos de Cervantes y de otras personas con él relacionadas,	
por Antonio Matilla Tascón	553
Lope de Vega: versos desconocidos cantados por el pueblo en	
1609, por J. Salvador y Conde	563
Madrid en <i>los bestiarios</i> de Henri de Montherlant, por Luis López	
Jiménez	577
Mariana de San José. Nueva efemérides para los Anales de Ma-	
drid, por M.^a Isabel Barbeito Carneiro	585
Centenario de un poeta Jean Cocteau en Madrid, por Carlos	
Dorado	591
Acercamiento a Tomás Luceño, por José Montero Padilla	601
La invención del espacio en un cuento maravilloso galdosiano:	
El Madrid de Celín por M.^a Ángeles Ezama	617

Música

La música en la Real Capilla de Madrid (siglo XVII), por Paulino	
Capdepón	631

Urbanismo

Limitaciones municipales e intereses de reforma. El ejemplo de	
la Gran Vía Madrileña, 1901-1923, por José Carlos Rueda	
Laffond	651

MADRID EN *LOS BESTIARIOS* DE HENRI DE MONTHÉRLANT

Por LUIS LÓPEZ JIMÉNEZ

Para José Montero Alonso,
muy admirado amigo y
archivo vivo de Madrid.

Los bestiarios (*Les bestiaires*) es, de toda evidencia, una novela con muchos elementos autobiográficos¹; constituye la tercera parte de la trilogía de Montherlant, que forma unidad con *El Sueño* (*le Songe*) y *Las Olímpicas* (*Les Olympiques*). En *Los bestiarios* noveliza el autor su afición y práctica de la tauromaquia. La mayor parte del relato se desarrolla en Andalucía, Sevilla muy particularmente, pero casi todo el capítulo I tiene Madrid por escenario (unas trece páginas). En Madrid conocerá el protagonista Albán de Bricule, de familia noble francesa —como el autor—, a los Duques de la Cuesta y a su hija Soledad, que trasladada con su familia a Sevilla, donde le gusta vivir al padre, el Duque madrileño, ganadero de reses bravas andaluzas. Soledad ocupará un lugar importante durante la estancia de Albán en la ciudad del Guadalquivir.

Para juzgar cuánto escribe Montherlant de Madrid, no hay que olvidar que son actitudes del joven protagonista de diez y siete años (le damos la edad del autor), obsesionado absolutamente por los toros. La novela fecha la llegada de Albán a la Corte y Villa el 1 de marzo de 1913. De hecho, el autor pasó las vacaciones en España en 1911, con quince años, y toreó en público; a los trece años había presenciado ya la primera corrida de toros en Bayona (p. 1554).

La novela fue publicada en 1926. Comentamos a continuación las observaciones sobre Madrid de Montherlant en ella, que distribuimos así: 1. Habitantes; 2. Circulación; 3. Entierros; 4. Horarios; 5. Museo del Prado; 6. Espectáculos deportivos; 7. Plazas de Toros; 8. Otros edificios.

¹ La novela está fechada así: «Burgos, 1911», primer viaje a España de Montherlant, cuando se inició en el toreo; y «Séville, 1925», cuya primavera pasó en Andalucía y toreó en dehesas. A renglón seguido escribió *Les bestiaires*. (Montherlant, *Romans et œuvres de fiction non théâtrales*. Préface de Roger Secrétain. Gallimard, 1959, págs. 581-1554. Bibliothèque de La Pléiade. Toda la paginación de las citas es de esta edición. Las traducciones son del autor del artículo).

1. Habitantes

a) Las mujeres de Madrid son particularmente celebradas por Montherlant:

«¡Y las mujeres os cortaban la respiración! Arrelenadas en coches negros, vestidas de negro, formaban un halo como en los fondos de betún de Judea de los cuadros antiguos. Entre la Puerta del Sol y la fuente de la Cibeles, Albán moría unas veinte veces.» (p. 399)

O este otro ejemplo, también hiperbólica:

«Madrid... donde cada mujer que se ve os hace lanzar exclamaciones.» (p. 443)

b) Montherlant se refiere a las apreturas de antaño, hoy sin efectos, debido al exhibicionismo de impotencia:

«... amontonados en las aceras los peatones de manera que les fuera más fáciles los apretones, lo que producía abundantes placeres secretos a los madrileños.» (p. 395)

Una de las aceras más concurridas era la de los impares de la calle de Alcalá, especialmente delante de los locutorios de Teléfonos, desaparecidos, al lado del Café Regina, del que hablará después: «una multitud de personas daban vueltas como comparsas de teatro». (p. 396).

c) La abundancia de ciegos mendigos en Madrid era grande entonces, pues pocos tenían la profesión o el oficio (músicos, etc.) que les es debido, ni fortuna, por supuesto. Escribe Montherlant:

«... la ciudad, donde se topaba uno continuamente con ciegos, enguantados, pidiendo limosna.» (p. 395)

No comenta lo de «enguantados», pero el autor en mi sentir lo ofrece a sus paisanos como un toque de señorío en el mendigo español, de lo que estaba persuadido.

d) Siempre hubo en Madrid muchos marineros de paso, de permiso o destinados en el armonioso edificio del Ministerio de Marina del Paseo del Prado, hoy agrandado con una especie de edificio biombo. Montherlant juega con un picante, o romántico, *quid pro quo*:

«Unos marinos llevaban escrito en la gorra: *Jaime*; no se puede decir con más sencillez.» (p. 395)

El lector avisado comprende que el joven Albán de Bricule, poco experto en español, había leído el nombre del barco en francés, «J'aime» («amo», «quiero»).

2. *Circulación*

Nos cuenta Montherlant algo inconcebible hoy en Madrid, pero que fue realidad hasta la década de los cincuenta. La creación en España de fábricas de automóviles fue cambiando este panorama del tráfico callejero:

«Guardias urbanos ordenaban una circulación inexistente, pero que al fin, hacia la caída de la tarde, conseguían hacer real.» (p. 395)

3. *Entierros*

Casualidad que parece buscada por espíritus ascéticos, los toros en Madrid han estado ligados a los entierros. Sin remontarnos a los autos de fe en la Plaza Mayor, donde también se corrían toros en el siglo XVII², la plaza de toros antigua en la avenida de Felipe II donde se encuentra hoy el Palacio de Deportes (1874; hubo otra anterior de 1749, cerca de la Puerta de Alcalá)³ era paso obligado hacia el cementerio del Este, como luego lo viene siendo la Monumental de las Ventas (inaugurada en 1928), aunque ahora se procura que la comitiva urbana, motorizada, pase inadvertida vergonzante ante la muerte. Montherlant se fijó en la abundancia entonces, y siempre hasta la llegada de las sulfamidas y los antibióticos, mediado el siglo, de la mortalidad infantil⁴:

«A la vista de la plaza de toros, vieron, en un coche fúnebre, enclenque y pomposo, una especie de caja de cigarros puros, blanca y malva: era el féretro minúsculo de uno de esos recién nacidos que mueren en Madrid como moscas, y cuya muerte es anunciada gozosamente por los periódicos con el título: “¡Un angelito más!”. El camino del cementerio pasa ante la plaza de toros...» (p. 404).

² La relación de corridas de toros habidas en ese siglo figura en el útil y bien documentado libro de José del Corral, *La Plaza Mayor de Madrid*. Madrid, Méndez y Molina, 1987.

³ Juan Antonio Cabezas, *Madrid*. Barcelona, Destino, 1971, pág. 52.

⁴ B. Pérez Galdós se hace eco en *Miau* (1888), O. C., t. V, Madrid, Aguilar, 1967, pág. 588.

4. Horarios

Albán, en su deseo de obtener información taurina, recibe de un amigo de colegio de su padre, el doctor Diez, el consejo de ver a don Rafael Moreira, abogado en ejercicio (esta precisión parece insinuar que había muchos abogados ociosos, como así era), aficionado a los toros; le señala que le encontrará a la una aproximadamente en el café Regina (hoy desaparecido; se encontraba en calle de Alcalá, al lado del Casino de Madrid, antes de llegar a la calle Peligros; hoy subsiste el hotel del mismo nombre, en el mismo edificio). Albán, desorientado en los horarios, contesta:

«Perfecto, tengo una hora para almorzar.»
«—¡No, hombre! A la una de la madrugada. Cuando salgo del teatro.» (p. 394).

En el hotel, un cartel anuncia el almuerzo entre las doce y las dos. Cansado de esperar le informan que empiezan a la una. El espíritu cartesiano francés le hace indicar el cartel y le contesta un espíritu español, educado en la relatividad y la contingencia: —«¡Oh! Es un cartel antiguo...» (p. 394)

Algo parecido ocurre con los museos. La guía de bolsillo indica que cierran a las cuatro, pero en la puerta figura a las tres. A las tres menos veinticinco un guardián cierra las ventanas y se planta al lado del visitante «echándole una mirada no se sabía bien si de ruego o de enfado» (p. 397).

En otra ocasión, el teléfono, algo extendido ya, y más en los hoteles, le despierta a las once y cuarto de la noche. Entre otras cosas, el abogado Moreira le propone ir a buscarle para ir al teatro Romea (entonces de «variétés», en calle de Carretas, donde se presentó la argentina Celia Gómez, la cual hizo gran carrera en Madrid y tanto dio que hablar) a la función de las once y media de la noche! Algo inaudito para un francés, aunque habitara en París.

Para la cena, la espera también se repetía, aunque era algo más breve:

«Se helaba a la puerta de los restaurantes donde, hiciera lo que fuera, llegaba siempre demasiado pronto (no se cenaba antes de las nueve); se acostaba a las nueve y media.» (p. 398)

Por agradar al turista se ha hecho posible modernamente en muchos establecimientos cenar a esas horas en Madrid, pero la hora de acostarse, ya hemos visto por el teatro, era insólita. Sabemos que el habitante de Madrid siempre ha sido muy trasnochador, excepto en los últimos tiempos, en parte porque la hora de comenzar el trabajo por la mañana se ha adelantado y, sobre todo, por la inseguridad callejera.

Después de almorzar, Albán quiso comprar un libro sobre toros. Encontró

la primera librería cerrada; también la segunda. No había ninguna tienda abierta. Sin embargo, era día laborable. Preguntó a un guardia, quien le aclaró: «Es la hora de comer». El reloj indicaba las tres y veinticinco.

5. Museo del Prado

Al fin se decide a visitar el Museo del Prado, aunque «le importa un bledo» y «le horroriza» (p. 394). Para Montherlant apenas sirve la ocasión más que para hacer una crítica afilada de los guardianes y de su organización: si tenía entonces justificación, hoy debemos afirmar en honor de la verdad que los guardianes, mujeres y hombres, son en general de una gran amabilidad y están dispuestos desinteresadamente a orientar al visitante, incluso en la localización de piezas del Museo y datos de ellas. Montherlant se critica también a sí mismo, y se queda corto, por su insensibilidad indiferente ante las obras que contempló (*Los bestiarios, no lo olvidemos, es novela con mucha autobiografía*); no sabemos de nadie, con nombre famoso, que haya escrito sobre el Museo del Prado con mayor pobreza y sequedad de espíritu:

«Los guardianes le martirizaban. Ahogaban en él la menor impresión, anulaban en él todo el placer que habría podido experimentar. Y además no tenía jamás suelto en el bolsillo, y era necesario dar a cada uno una peseta. En cuanto entraba en una sala, veía un guardián desde el fondo venir a su encuentro, y otros, emboscados en la sala siguiente. El guardián le abordaba y no le abandonaba. Quitaba una silla para permitirle ver en qué el hermafrodita era un hombre. Le daba una lupa y, a menos de ser descortés, Albán debía estacionarse frente a la fastidiosa miniatura.» (p. 397)

Ante un cuadro cuya etiqueta decía: «Isabel de Portugal» (p. 397), el guardián le decía: «Es Isabel de Portugal». Las etiquetas mismas eran ricas en afirmaciones de esa naturaleza. Bajo un hombre con cabeza afeitada, con un pedestal de mármol blanco, se leía: «Hombre con cabeza afeitada, sobre un pedestal de mármol blanco» (p. 397). «En las salas de pintura, Albán huía a paso americano, confundiendo todo, sin disminuir el ritmo más que cuando veía un trozo de desnudo» (p. 397).

Y concluye esta diatriba de acuerdo con la obsesión taurina:

«Compréndasenos: gozaba del arte y todo eso, aunque el amara más la vida. Pero aquí, si lo aborrecía, era porque había venido a buscar otra cosa. ¡Y qué cosa! La más divina obra maestra en un cuadro es

insulsa ante un toro que te mira fijo, cuando entre tú y él nada se interpone.» (p. 398).

Todo nos parece verosímil, menos la peseta de propina, cantidad elevada en la época, con la que se podía comer bien y sobraba dinero. No nos parece el último párrafo suficiente razonamiento para admitir su actitud, aunque se trataba de un adolescente: difícilmente la ñoñería admite la silla cubriendo los genitales de la figura en bronce del «Hermafrodita» (hoy en una sala de Velázquez), por otra parte tumbada de brúces, tapando pudorosamente casi totalmente los senos y dejando los órganos viriles en una semi penumbra, pero visibles a simple vista, sin necesidad de la hipérbole de la lupa, retórica incluso para cortos de vista.

El cuadro de Isabel de Portugal, esposa de Carlos V, presenta a la bella emperatriz de busto, ricamente vestida. Es obra muy notable y célebre de Tiziano.

La estatua del «hombre con la cabeza rapada» no ha podido ser localizada. Acaso ha sido retirada.

6. *Especáculos deportivos*.

El Frontón (juego de pelota vasca) es una de las distracciones del Madrid de 1913 señaladas por Montherlant, espectáculo en boga hasta la guerra civil de 1936. Recuerdo de los años 30 el Jai-Alai (en calle Alfonso XI, n.º 6), el Recoletos (en el Paseo de su nombre) y el Frontón Madrid (en calle Doctor Cortezo, n.º 2), éste de mujeres pelotaris. También hubo en la calle Santa Engracia (Frontón Buenos Aires) y en la avenida de Menéndez Pelayo (Frontón del Retiro), según Juan Villarín (*El Madrid de Primo de Rivera*, 1979, pág. 177):

«Iba a presenciar partidas de pelota en las que el juego parecía una pálida contingencia comparado con unos monos [sic] aullando, quienes, en la primera fila, le ocultaban el espectáculo y parecían insultarle.» (p. 398)

Lo que para quienes hemos conocido ese espectáculo es muy claro, acaso no lo sea tanto para quienes no tienen otra información que la de Montherlant, enigmática en sí misma. Lo importante eran los resultados del juego para las apuestas cruzadas. Apuestas continuas, gritadas (sin mucha exageración, «aulladas») por una fila de corredores de apuestas, a lo largo del frontón, con exagerados gestos y movimientos de brazos y cuerpo (de ahí el calificarlos de «monos»). En el interior de una pelotita rajada se introducían los mensajes del corredor de la apuesta y el apostante.

Nadie diría que algunos años después de comenzar el siglo tuviera ya el fútbol publicidad periódica y gratuita, lo que ocurría en menor medida con los toros:

«En los quioscos de periódicos, se tenían que levantar montañas de periódicos de fútbol para alcanzar una horrible hoja pagada por un matador...» (p. 398)

Es curioso que tras la guerra civil de 1936-39, con el fútbol haciéndose dueño del mayor número de espectadores y de muchas mentes, *El Ruedo* fuera una revista taurina muy difundida, aunque es tradición que los toreros nunca han tenido las ventajas publicitarias de los futbolistas. Sabido es que en la actualidad hay dos diarios «deportivos» (*Marca* y *AS*) que dedican gran espacio al fútbol y sólo una revista semanal, «*Aplausos*», taurina, además de *El Ruedo*, mensual.

7. Plazas de toros.

La primera visita de Albán es a la plaza de toros madrileña a la que va en tranvía. Se refiere a la plaza que estuvo en la avenida de Felipe II, donde hoy se encuentra el Palacio de Deportes, citada antes con otras plazas; habría que añadir Vista Alegre, en Carabanchel.

Montherlant cuenta que Albán «tomó un autobús para ir a ver esta vez la plaza de toros de Tetuán, barrio extremo de Madrid» (p. 395).

El deseo de comprar una barrera de sombra por parte del protagonista, hace denunciar al autor la picaresca de entonces. Las taquillas se abren sin poner ni una sola barrera a la venta. Precisamente el abogado Moreira, domiciliado en la calle Hermosilla, hombre de leyes, explica que las tienen los «reventas oficiales» (p. 400). El mismo mozalbete de una taquilla que niega a Albán la barrera de sombra, se le despacha después a Moreira. Este explica a Albán que la Dirección del negocio la había vuelto a comprar a los «reventas». La entrada, cuyo precio inicial era de 7 ptas., es pagada a 12 ptas.

Para un obsesionado por los toros como Albán, presenciar el apartado de los toros era espectáculo de gran interés. Aunque Moreira le aseguró que era público, el contrariado muchacho tuvo que quedarse fuera de la plaza oyendo «los gritos, los cascos de los caballos y el olor excitante del estiércol» (p. 401). Albán, humillado, observaba cómo entraban quienes gozaban de alguna influencia reconocida por el portero, tan «apuesto como un capitán de fragata» (p. 401).

Montherlant refiere la costumbre de ver, en días de toros, alrededor de la plaza, pobres gentes vendiendo naranjas. (p. 405).

Y a la salida

«... hombres y mujeres hacían cola para beber un aguardiente marratas, en la misma copa y por el mismo sitio, sin ser amantes.» (p. 405)

Así hemos interpretado la bebida calificada por el autor de «vitriolée», no obstante ser muchos francófonos aficionados a los aguardientes.

8. *Edificios*

Sólo dos edificios notables destaca Montherlant en Madrid, en la primera parte de la calle de Alcalá, surcada entonces por tranvías; ambos se han mantenido sin modificaciones esenciales:

«Sobre el techo del Banco de Bilbao, dos hombres desnudos, con cascós rematados en punta, simbolizaban la Gran Banca.» (p. 405-406)

El Banco de Bilbao, en la calle de Alcalá, 16, fue edificado en 1918 por el arquitecto Ricardo Bastida⁵. Es edificio que da la impresión de solidez, muy apropiada para sus fines bancarios; y seguramente no es solidez ficticia arquitectónicamente, pues muy posiblemente soporta a ambos lados de la cubierta las más pesadas esculturas sobre la cumbre de cualquier otro edificio madrileño: las dos cuadrigas citadas por Montherlant.

La caracterización del Palacio de Comunicación está lograda con intuición, ironía y cinismo, todo muy de Montherlant:

«Llena de luces por la noche y semejante a una ciudad celestial, Nuestra Señora de las Comunicaciones, oficina postal-catedral, daba al fin deseos de sentarse un día a la diestra de Dios.» (p. 406).

⁵ Ramón Guerra de La Vega, arquitecto, Madrid, *Guía de Arquitectura (1800-1919)*, Edición del Autor, 1980, n.º 88, pág. 94.